

En el momento de llevar el vaso á la boca se detuvo; y nos dijo un tanto turbado:

—Cuando puse San Blanco en la jaula de los conejos creía que ya no me daría más ganancias. Hace dos años lo menos que no me lo pedían, pero los santos, créanlo ustedes, no pasan nunca de moda.

Bebió y añadió:

—Ea, otro traguito; con los amigos se ha de llegar por lo menos á los cincuenta y ahora sólo estamos á los treinta y ocho.

En el campo

A Octavio Mirbeau.

Las dos cabañas estaban una al lado de otra, al pie de una colina próximas á un balneario. Los dos labriegos trabajaban con afán la tierra infecunda para mantener á los pequñuelos. Cada matrimonio tenía cuatro. Ante las dos puertas vecinas los chiquillos correteaban desde la mañana á la noche. Los dos mayorcitos tenían seis años y los pequeños cerca de quince meses. Los matrimonios y los nacimientos habían ocurrido casi simultáneamente en ambas casas.

Las madres apenas sabían distinguir á sus hijos unos de otros. Los padres los confundían del todo. Los ocho nombres bailaban de continuo en su cabeza y se confundían sin cesar; y cuando era preciso llamar á uno, á veces gritaban tres los hombres antes de acertar con el verdadero.

La primera de las dos viviendas viniendo del balneario de Rolleport, la ocupaban los Tuvache, que tenían tres niñas y un muchacho, y la otra los Vallin, que contaban una muchacha y tres chicos.

Vivían con gran trabajo, de sopas, patatas y aire puro. A las siete, por la mañana, luego á medio día, y después á las seis de la tarde, las dos mujeres reunían á sus arrapiezos para darles la bazofia, bien así como las guardadoras de ocas reúnen las aves. Los niños estaban sentados por tallas ante la mesa de madera bruñida por cincuenta años de uso. El más pequeñín apenas llegaba con la boca á la altura de la mesa. Ponían ante ellos un plato sobrero lleno de pan mojado en el agua en que cocieron las patatas, media col y tres cebollas, y todos comían cuanto podían. La madre daba de comer al menor. Un poco de carne del cocido los domingos era una fiesta para todos, y aquel día, los hombres permanecían un rato de sobremesa, diciendo:

—De buena gana comeríamos así todos los días.

Un medio día del mes de agosto se detuvo un ligero carruaje ante las dos cabañas, y una señora joven, que guiaba, dijo á un caballero que iba sentado junto á ella:

—¡Mira, Enrique, mira cuántos chiquillos! ¡Qué monos son corriendo y jugando de esa manera!

Nada contestó el interpelado, pues se había acostumbrado ya á aquellas admiraciones que le producían tristeza y que casi eran un reproche.

La joven añadió:

—Quiero besarlos. ¡Ahl con cuánto gusto me quedaría con el más pequeñín.

Y saltando del coche corrió hacia los niños, cogió uno de los más pequeños, el de los Tuvache, y tomándole en brazos, le besó apasionadamente en las mejillas sucias, en el pelo rubio y rizado lleno de polvo, y en las manos que agitaba para evitar aquellas caricias fastidiosas.

Luego volvió á subir al coche y se alejó al trote largo. Apareció de nuevo á la semana siguiente, se sentó en el suelo, tomó al chiquillo en brazos le atiborró de dulces, dió también á los otros y jugó con ellos como una muchacha, mientras su marido esperaba pacientemente en el coche.

Volvió de nuevo, trabó conocimiento con los padres y por fin fué á visitarles á diario con los bolsillos llenos de golosinas y de monedas de cobre. Se llamaba la señora de Hubieres.

Una mañana, al llegar, bajó su marido con ella del coche; y sin detenerse en acariciar á los chiquillos que ya la conocían muy bien, penetró en la barraca.

Los labriegos estaban allí partiendo leña para hacer la sopa; se levantaron sorprendidos, ofrecieron sillas y esperaron. Entonces la joven, con voz entrecortada, temblorosa, dijo:

—Buenas gentes, vengo á verles, porque quisiera llevarme conmigo... su pequeñuelo.

Los campesinos, estupefactos y sin saber lo que les pasaba, no contestaron.

Ella tomó aliento y continuó:

—No tenemos hijos, estamos solos mi marido y yo... ¿quieren ustedes dejárnoslo?

La campesina empezaba á comprender.

—¿Quieren ustedes llevarse á Carlitos?—preguntó.—No, no, señora.

Entonces el señor de Hubieres habló á su vez:

—Mi esposa se ha explicado mal. Queremos adoptarlo, pero les vendrá á ver á ustedes. Si resulta un buen chico, como es de creer, será nuestro heredero. Si por azar tuviéramos hijos, tendría la misma parte que ellos. Pero si por casualidad no fuera dócil, le daríamos á su mayor edad veinte mil francos, que depositaremos inmediatamente á su nombre en casa de un notario. Y como también es justo pensar en ustedes, les daremos hasta su muerte una renta de cien francos mensuales. ¿Han comprendido ustedes?

La mujer se levantó furiosa.

—¿Quieren ustedes que les vendamos á Carlitos? No, no; hay cosas que no deben pedirse á una madre. ¡No! sería abominable.

Su marido no contestaba, y permanecía serio y meditabundo aprobando á su mujer con un movimiento continuo de cabeza.

La señora de Hubieres, desesperada, se echó á llorar, y volviéndose hacia su esposo, medio sollozando,

do, con la voz de un niño de quien se satisfacen comunmente todos los deseos, balbuceó:

—No quieren, Enrique, no quieren.

Entonces hicieron una última tentativa.

—Amigos míos, piensen ustedes en el porvenir de su hijo; en la buena posición que le espera, en...

La campesina, exasperada, le cortó la palabra:

—Sí, lo hemos pensado, y oído y reflexionado todo... Váyanse ustedes y no se acerquen más aquí. ¡Hase visto, querer apropiarse un niño de esta manera!

Entonces la señora de Hubieres, al salir vió que los pequeñuelos eran dos, y aun llorando, con la tenacidad de una mujer voluntariosa y mimada que no quiere esperar:

—¿Este otro niño es también de ustedes?

El tío Tuvache respondió:

—No, es de los vecinos; pueden ustedes ir si quieren.

Y volvió á su casa donde aun resonaba la voz indignada de su mujer.

Los Vallin estaban ya á la mesa comiendo despacito rebanadas de pan que untaban cuidadosamente con un poco de manteca sirviéndose los dos del mismo plato.

El señor de Hubieres volvió á formular sus proposiciones, pero esta vez con mayores precauciones oratorias, con más astucia.

Los dos rústicos movían la cabeza en señal de

negativa, pero cuando les habló de los cien francos mensuales, se miraron consultándose, casi dispuestos á ceder.

Durante un rato permanecieron silenciosos, agitados, atormentados. La mujer dijo al cabo:

—¿Qué te parece á ti?

Y él dijo en tono sentencioso:

—Digo que no es de despreciar.

Entonces la señora de Hubieres, que temblaba de angustia, les habló del porvenir del rapaz, de su dicha, del dinero que más adelante podría darles.

El labriego preguntó:

—¿Esa renta de mil dos francos se nos asegurará por medio de un documento público?

El señor de Hubieres contestó:

—Sí, ciertamente. Desde mañana.

La campesina, que meditaba, añadió:

—Cien francos al mes no basta para privarnos del niño. Dentro de algunos años trabajará y ganará dinero. Necesitamos ciento veinte francos.

La señora de Hubieres agitada por la impaciencia los otorgó en seguida, y como quería llevarse al punto el niño, les regaló cien francos mientras su marido extendía un documento. El alcalde y un vecino, llamados rápidamente sirvieron con gusto de testigos.

La joven, radiante de alegría, se llevó al rapazuelo que vociferaba, como se lleva uno una estatuilla preciosa de un bazar.

Los Tuvache les miraron marchar asomados á la puerta, mudos, severos, arrepentidos quizá de su negativa.

No se oyó hablar más del hijo de Juan Vallin. Sus padres cobraban todos los meses los ciento veinte francos en casa del notario, y habían reñido con los vecinos, porque la tía Tuvache les abrumaba á injurias repitiendo sin cesar de puerta en puerta que era preciso ser una madre desnaturalizada para vender un hijo, y que era un horror, una porquería y una brutalidad.

A veces tomaba en brazos á su Carlitos y le gritaba dándose importancia como si le comprendiese:

—Yo no te he vendido, no, hijo mío, yo no vendo á mis hijos, no; no soy rica, pero no vendo los hijos de mis entrañas.

Y durante años y años diariamente abrumó á sus vecinos con alusiones groseras que vociferaba en la puerta á fin de que pudieran oirlas á su gusto. La madre Tuvache había acabado por creerse superior á todas las mujeres de la comarca por no haber vendido á su Carlitos. Y los que hablaban de ella decían:

—Buenas proposiciones la hacían, pero se portó como una buena madre.

La citaban como ejemplo, y Carlitos, que tenía ya dieciocho años, se juzgaba también superior á sus camaradas porque no le habían vendido.

Los Vallin vivían con relativa holgura gracias á la pensión que recibían, y el furor de los Tuvache, que continuaban míseros, provenía de ahí.

Su hijo mayor ingresó en filas; el segundo murió; Carlitos fué el único que quedó en casa para mantener á sus padres viejos y á dos hermanas menores que tenía.

Tendría unos veintidós años, cuando una mañana, un hermoso carruaje se detuvo á la puerta de las dos viviendas. Un señorito que lucía cadena de oro, bajó y dió la mano á una señora anciana canosa. La anciana le dijo:

—Aquí es, hijo mío, en la segunda casa.

Entró como en su casa en la barraca de los Vallin.

La vieja campesina lavaba los delantales y el padre valetudinario dormitaba junto al hogar. Ambos levantaron la cabeza y el joven dijo:

—Buenos días, papá; buenos días, mamá.

Se levantaron azorados. La campesina, sobrecogida, dejó caer el jabón en el agua y balbuceó:

—¿Eres tú, hijo mío? ¿eres tú, hijo mío?

El la estrechó entre sus brazos y la besó repitiendo:

—Buenos días, mamá.

Entre tanto, el viejo, tembloroso, le decía con su acento tranquilo que no le abandonaba jamás.

—¿Ya has vuelto, Juan?—como si le hubiera visto el mes anterior.

Cuando se hubieron reconocido, los padres quisieron enseñar el hijo á los notables del pueblo. Le llevaron á casa del alcalde, del síndico, del cura y del maestro.

Carlitos, de pie en el umbral de su casucha, le miraba pasar.

Por la noche, cenando, dijo á los viejos:

—¡Qué tontos fuisteis dejando que los Vallin die-
ran su hijo á esos señores!

Su madre le contestó con obstinación:

—¡No queríamos vender á nuestro hijo!

El padre nada decía. El hijo repuso:

—Cuidado que tiene mala sombra ser sacrificado así.

Entonces el padre Tuvache, exclamó con ira:

—¿Vas á reprocharnos haberte criado?

El joven contestó brutalmente:

—Sí, os lo reprocho; sois unos imbéciles. Padres como vosotros causan la desgracia de sus hijos. Mereceríais que os abandonase.

La buena mujer lloraba á moco y baba. De pronto gimió mientras continuaba tomando cucharadas de sopa de las que vertía la mitad.

—Mátese usted para criar á los hijos.

El mozo contestó rudamente:

—Preferiría no haber nacido para ser lo que soy. Desde que he visto al otro, se me ha revuelto la sangre, pues he pensado: He aquí lo que sería ahora.

Se levantó.

—Mirad, me parece que lo mejor será marcharme, porque de continuo les echaría en cara eso, y llevaríamos todos una vida perra. ¡Crean que no se lo perdonaré jamás!

Los dos viejos callaban, aterrados, llorosos. Carlitos añadió:

—Sí, sería terrible. Prefiero ir á ganarme la vida á otra parte.

Abrió la puerta. Oyóse ruido de voces. Eran los Vallin que festejaban la vuelta de su hijo.

Entonces Carlitos dió una patada, y volviéndose hacia sus padres, gritó:

—¡Anda, estúpidos!

Y desapareció entre las tinieblas de la noche.

FIN

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
El testamento	7
La becada.	19
El marrano de Morín.	27
Pierrot.	53
Minué	65
El miedo	77
Una broma normanda.	91
Los zuecos.	103
La vuelta	115
El guarda.	129
En el balneario.	145
El Creusot.	165
La sillera.	175
En el mar.	189
Un normando.	201
En el campo.	213